

MAINE Y TEXAS¹

Kenneth J. Arrow

*Departamentos de Economía e Investigación de Operaciones
Stanford University*

El tema que se nos ha asignado invita a que Maine y Texas se interpreten como análisis económico e historia económica. Utilizo el término "análisis", en vez del de "teoría", porque deseo comparar los objetivos de la historia con los de la ciencia social. La historia no puede ser considerada simplemente como una rama de la ciencia social. Sus objetivos son diferentes. Trata de estudiar el caso individual, mientras que la ciencia social se centra en los principios generales. El objetivo de la investigación histórica como tal no es simplemente servir como una fuente de los datos a partir de los cuales inferir y contrastar las generalizaciones de la ciencia social. Los dos modos de investigación son complementarios, no sustitutivos. Respecto a la utilización del análisis económico en el desarrollo de la historia, creo que se aceptaría en general que la utilización de la ideas y las aproximaciones de la teoría económica ha sido útil en la historia económica. Quizás más importante, la teoría económica ha planteado nuevas preguntas a la historia ¿Qué se puede decir respecto a la utilización de la historia en el desarrollo del análisis económico? Hay muchas posibilidades, pero déjenme elegir dos: una es sencillamente la utilización de la historia económica como fuente de pruebas empíricas para contrastar teorías y estimar relaciones; una segunda utilización de la historia en el desarrollo del análisis económico es la definición de sus condicionamientos históricos.

Palabras clave: Kenneth J. Arrow, historia económica, análisis económico, papel de la historia en la formación de los economistas.

(1) © American Economic Association (<http://www.aeaweb.org>). La versión original de este artículo, titulada "Maine and Texas", se publicó en *The American Economic Review*, vol. 75, n° 2, mayo de 1985, pp. 320-323; Papers and Proceedings de la 97 Reunión Anual de la American Economic Association, mesa "Economic History: a necessary though not sufficient condition for an economist" relatores: Albert Fishlow (University of California-Berkeley), Donald N. McCloskey (University of Iowa) y Gavin Wright (Stanford University)). La presente traducción se publica en *Revista Asturiana de Economía* con el consentimiento del autor y la autorización de la American Economic Association. La traducción ha sido realizada por Mario Piñera.

Respecto al entonces recién inventado telégrafo, Henry David Thoreau señaló "Nos dicen que Maine puede comunicarse ahora con Texas. Pero, ¿tiene Maine algo que decirle a Texas?". Supongo que la existencia y ubicación de este debate muestra que California y Massachusetts, como mínimo, tienen mucho que decirle a Texas. Ahora bien, como Dante explicó hace ya tanto tiempo, no solo debemos interpretar los textos literalmente, sino también alegóricamente e incluso espiritualmente. El tema que se nos ha asignado invita a que Maine y Texas se interpreten como Análisis Económico e Historia Económica, aunque no necesariamente respectivamente.

Utilizo el término "análisis", en vez de "teoría", porque deseo comparar los objetivos de la historia con los de la ciencia social. Permítanme utilizar la evolución en mi propia forma de pensar como ilustración. Siempre encontré la historia muy interesante y leí mucho. En mi etapa de estudiante de postgrado, cursé historia económica, que era obligatoria, y, al contrario que las posteriores generaciones de estudiantes, nunca lo vi como algo inoportuno. Como miembro del profesorado, tuve que considerar el papel de la historia económica en el curriculum, así como el problema de cubrir las vacantes de la misma. Di por sentado que la historia era una necesidad pero admití la dificultad que había para encontrar especialistas que fueran tanto economistas como historiadores. Esto ocurrió a principios de la década de 1950, antes de que una nueva generación resolviera aquél problema de oferta. Di por sentado que el papel de la historia en la formación de los economistas era el correspondiente al de las pruebas empíricas. Era una forma de contrastar las teorías, al mismo nivel que las pruebas empíricas contemporáneas. Esta visión de las cosas se reforzó con lo que era entonces el uso más importante de la historia en la economía, el desarrollo por parte de Simon Kuznets de series temporales largas sobre la renta nacional y sus componentes, con sus notables consecuencias para el desarrollo económico y la función de consumo.

Una conferencia del historiador Leonard Krieger cambió mi visión de la naturaleza de la historia. Había entonces mucho debate sobre el papel de la ciencia social en la historia en general. Se consideraba que Krieger formaba parte de los historiadores más próximos a la ciencia social. Sin embargo, en su conferencia puso de manifiesto que la historia no podía ser considerada simplemente como una rama de la ciencia social. Sus objetivos eran diferentes. Trataba de estudiar el caso individual, mientras que la ciencia social se centraba en los principios generales. La ciencia social, sea la economía o cualquier otra, podría efectivamente ser útil e incluso vital a la hora de interpretar un acontecimiento del pasado. Ciertamente, se han utilizado teorías psicológicas de diferentes tipos, puede que no siempre con los mejores resultados, a la hora de interpretar el comportamiento de los líderes políticos. Pero se utilizaron para iluminar acontecimientos particulares. El objetivo de la investigación histórica como tal no era simplemente servir como una fuente de los datos a partir de los cuales inferir y contrastar las generalizaciones de la ciencia social.

Por supuesto, esto no impide utilizar los datos aportados por la investigación histórica para los propósitos del análisis científico social. Los dos

modos de investigación son complementarios, no sustitutivos. Pero no son idénticos.

Permítanme plantear una analogía muy cercana procedente del mundo natural, el de la geología. Las leyes que subyacen tras la geología no son más que las leyes estándar de la física y la química. Desde el punto de vista de las generalizaciones científicas, no hay nada exclusivo de la geología. Hechos tales como que el agua erosiona las rocas, que las fuentes de calor del interior de la Tierra pueden producir grandes cambios en la superficie de la misma, que la energía de la Tierra proviene en su mayor parte pero no enteramente de la radiación solar, que en función de la temperatura y la presión los materiales de la Tierra forman nuevas combinaciones químicas, estas y otras relaciones determinan el curso entero del desarrollo de la Tierra. Por otra parte, el examen de la historia de la Tierra podría, en principio, arrojar pruebas relacionadas con la medición de reacciones químicas y físicas específicas. Sin embargo, en términos prácticos, la observación realizada en el laboratorio es mucho más eficiente, con lo que las pruebas procedentes de la observación geológica probablemente han sido poco útiles para las ciencias subyacentes, salvo como vías para sugerir problemas a investigar.

Sin embargo, la geología es de hecho un campo floreciente, y gran parte de su interés reside en los acontecimientos históricos específicos, ¿Cuál es la historia de los Apalaches y el Himalaya? ¿Cuáles han sido los movimientos del subcontinente Indio? ¿Por qué tiene Hawai la forma que tiene? Es en buena medida un estudio de lo específico. Es efectivamente historia, una historia fascinante.

El ejemplo de la geología ilustra un tema recurrente en economía ¿es la economía un campo como el de la física, válido para todos los tiempos, o están condicionadas históricamente sus leyes? La importancia de la historia fue aumentando a lo largo del siglo XIX, justo cuando se desarrolló la teoría económica abstracta de David Ricardo. Las doctrinas de Ricardo recibieron muchos ataques por parte de sus contemporáneos por carecer de comprensión histórica. Su discípulo, John Stuart Mill, puso de manifiesto que las leyes de la distribución estaban efectivamente condicionadas históricamente; las leyes clásicas del valor sólo eran válidas en una economía en la que el intercambio estuviera regido por mercados. De la misma manera, la teoría de las placas tectónicas está condicionada históricamente. Es una afirmación válida sobre la Tierra hoy y durante un largo período en el pasado. Podría no haber sido válida cuando la Tierra estuvo lo suficientemente caliente, y puede que sea o no sea válida en otros planetas.

La física y la química han sido, claramente, muy útiles para la geología, interpretada como historia. ¿Qué es lo que la teoría económica estándar puede aportar a la historia económica? Podría fallar por diversos motivos. Podría ser una teoría tan aplastante desde la perspectiva de su potencia que la historia se convirtiera en un campo poco interesante, meramente en una representación de un guión bien definido. Podría ser tan errónea que se convirtiera en un obstáculo para la comprensión. W. J. Cunningham atacó a Ricardo y Marshall en torno a 1890 por interpretar la

renta del período Tudor en términos ricardianos, sin tener en cuenta las diferencias en las condiciones históricas.

El primer obstáculo, la potencia de la teoría, está claro que no es válido, aunque algunos teóricos de la economía han hablado de ella como si lo fuera. Respecto a la forma, la teoría neoclásica es una exposición de las consecuencias de los gustos, la tecnología, y las expectativas respecto a los precios y las cantidades (otras variantes de la teoría económica tienen una forma similar, aunque el contenido sea diferente). Hay mucho margen para la especificidad histórica en lo que se refiere a las condiciones, incluso en el caso de que la teoría económica fuera más fiable de lo que lo es a la hora de obtener conclusiones de la misma. No hay nada en la teoría económica que estipule que los gustos se mantienen constantes, y hay mucho conocimiento empírico respecto a cambios en la tecnología. En efecto, cabría quejarse más bien de que la teoría económica no limita suficientemente la determinación histórica, particularmente cuando los datos no son suficientes.

De hecho, creo que se aceptaría en general que la utilización de las ideas y las aproximaciones de la teoría económica ha sido útil en la historia económica. Quizás más importante, la teoría económica ha planteado nuevas preguntas a la historia. Pregunta cómo funcionan las instituciones económicas a la hora de desviar el flujo de recursos, no meramente su funcionamiento intencionado. Nuestras ideas sobre las relaciones entre los ferrocarriles y el crecimiento económico en el siglo XIX, la difusión de innovaciones tecnológicas específicas tales como la cosechadora, o las consecuencias económicas y el funcionamiento de la esclavitud, han sido, todas ellas, modificadas seriamente de manera que exigen nuevas formas de pensar y sugieren la búsqueda de nuevos tipos de pruebas. La medición de las condiciones económicas de las masas de la población puede haber sido orientada tanto por los objetivos políticos como por la economía del bienestar moderna, pero no hay duda respecto a que las medidas y los datos apropiados se han clarificado en gran medida gracias a esta última. Ya me he referido a las series temporales largas de la renta nacional, un concepto obtenido del análisis económico, como una contribución muy importante para la comprensión del pasado, tanto en lo que se refiere a lo que se mantiene constante como en lo relacionado con el cambio estructural.

El ejemplo del análisis de la renta nacional nos recuerda un peligro existente en la utilización de la teoría económica en la historia económica. Hay una tendencia a allanar las particularidades del pasado. Cuanto más se utilizan categorías obtenidas de la necesidad de generalizar, menos notoria es la diferencia entre las realizaciones. Esto no es una consecuencia lógica de la utilización de construcciones teóricas. Como ya se resaltó, cada episodio histórico se puede interpretar en principio como la aplicación de principios generales a contextos únicos; pero el sesgo derivado de la teoría es probable que lleve a hacer hincapié en la generalidad, a expensas de la particularidad. Uno recuerda modos de interpretación histórica previos, en los que cada catástrofe era el fruto de la mano de Dios. Véanse también las muchas teorías sobre la interpretación de los mitos, en las que se les considera a todos ellos como ilustraciones de

algún principio general, sea éste el Dios moribundo de Frazer, el sol naciente y poniente de Müller, o el complejo de Edipo de Freud, o incluso la búsqueda estructuralista de una forma general para el mito. Lo que se pierde es el sentido de que los mitos son diferentes, no es cierto que cuando has oído uno, los has oído todos.

¿Qué se puede decir respecto a la utilización de la historia en el desarrollo del análisis económico? Hay muchas posibilidades, pero déjenme elegir dos, que ya se han señalado previamente. Una es sencillamente la utilización de la historia económica como fuente de pruebas empíricas para contrastar teorías y estimar relaciones, a la que me referí previamente como mi simplista visión respecto al papel de la historia. Aunque no agota en modo alguno el contenido de la historia, es ciertamente uno de sus usos. Cuando el examen de series temporales largas muestra que los tipos de interés no se ajustan totalmente respecto a la inflación, tal como ha mostrado recientemente Lawrence Summers, la aceptación habitual del efecto Fisher en el análisis de las condiciones contemporáneas debe ser seguramente cuestionada. Los patrones normales de consumo descritos por las leyes de Engel se pueden confirmar mediante las mutaciones históricas en la estructura sectorial así como a través de los estudios de los presupuestos, haciendo, por cierto, que sea difícil mantener modelos sencillos de crecimiento económico homogéneo. Los estudios sobre las hiperinflaciones del pasado y sus desenlaces contrastan las teorías sobre la inflación. El análisis histórico de ciclos económicos particulares fue un campo vivo tras la obra pionera de Walt Rostow desde 1946 hasta cerca de 1960; fue abandonado debido a las teorías unilaterales, primero keynesianas y después monetaristas, pero confío en que la obra de Peter Temin lleve a una recuperación del mismo. Dicha obra es tanto historia en sí misma como un campo de contraste para las muchas relaciones que definen las fluctuaciones cíclicas.

Retomando de nuevo un punto previo, una segunda utilización de la historia en el desarrollo del análisis económico es la definición de sus condicionamientos históricos. Antes de que el análisis económico tuviera mucho efecto sobre la historia económica, los historiadores debatían qué períodos previos podrían ser descritos como capitalistas o casi. El gran historiador clásico, M. I. Rostovtzeff, observó que los comienzos del Imperio Romano estuvieron regidos por instituciones económicas modernas, movilidad, búsqueda del beneficio, etcétera. Ha sido ridiculizado por ello por la principal autoridad del momento, Moses Finley, que encontró pocas pruebas de comportamiento económico racional en el mundo antiguo. Por otro lado, Henri Pirenne descubrió que, en unos pocos siglos alrededor del año 1000, los mercaderes y comerciantes eran unos concienzudos buscadores de beneficios, extremadamente sensibles a las diferencias de precios; pero, de acuerdo con Pirenne, la cristalización del sistema de gremios creó posteriormente un mundo económico diferente. No les corresponde a los teóricos evaluar las pruebas muy especializadas disponibles. No obstante, hay algunos indicios respecto a que el mundo económico del pasado no es enteramente diferente del correspondiente a nuestras teorías en lo que respecta al fuerte aumento de los salarios reales tras el cambio radical habido en la relación tierra-trabajo como consecuencia de la Peste Negra.

Los condicionamientos culturales o nacionales están estrechamente entrelazados con los condicionamientos históricos de la teoría. El estudio del pasado es similar al del presente en otras partes. Hay, o como mínimo da la impresión de que hay, diferencias muy grandes incluso entre países capitalistas en variables económicas tan básicas como las tasas de ahorro y las tasas y los niveles de crecimiento de la productividad. Las encontramos incluso entre naciones tan similares en términos culturales y económicos como Estados Unidos y Canadá; hay diferencias importantes en rentas per cápita, productividad (incluso cuando se controla el efecto del equipo de capital, como en el sector del automóvil), y afiliación y actividad de los sindicatos. Cuando vamos a otra parte, aumentan las diferencias. Por ejemplo, las investigaciones han mostrado que la flexibilidad de los salarios reales es claramente más baja en Europa Occidental que en Estados Unidos. Entre las muchas diferencias existentes entre Japón y los Estados Unidos, podríamos señalar las diferencias en la organización industrial incluso en tecnologías prácticamente idénticas. Empresas grandes de allí llevan a cabo tareas innovadoras que aquí da la impresión de que las hacen mejor las empresas pequeñas. Quizás estén relacionadas las bien conocidas, o al menos muy mencionadas, diferencias en la lealtad respecto a la organización y el papel del consenso en la toma de decisiones dentro de las grandes empresas.

Las comparaciones de este tipo entre países son análogas a las comparaciones históricas a la hora de explotar el rango de validez de las generalizaciones económicas. Pero la relación es más profunda. Es de suponer que las diferencias internacionales, en la medida en que no se puedan explicar sencillamente como fruto de las diferencias en los recursos naturales, son ellas mismas el resultado de la historia. A menudo, los politólogos han indicado que el hecho de que Estados Unidos fuera creado por una revolución mientras que la Canadá de habla inglesa fuera en parte una reacción frente a la revolución habida en los Estados Unidos ha tenido efectos importantes y duraderos. Las diferencias culturales entre naciones, con todas sus consecuencias para la política y la economía, son el precipitado de los acontecimientos pasados, algunas veces del pasado lejano. En una teoría ideal, quizás se resumiría toda la influencia del pasado en las observaciones del presente. Pero no se puede establecer tal teoría en ningún sistema complejo no controlado, ni siquiera para la Tierra, como hemos visto. Siempre será verdad que la comprensión realista del presente exigirá el conocimiento del pasado.

ABSTRACT

Our assigned subject asks that Maine and Texas be interpreted as Economic Analysis and Economic History. I use the term "analysis" rather than "theory" because I want to contrast the aims of history and those of social science. The history can not be regarded as simply a branch of social science. Its aims are different. It sought to study the individual case, while social science aimed at general principles. The aim of historical study as such is not simply to serve as a source of data from which to infer and to test social science generalizations. The two modes of inquiry are

complementary, not substitutes. With regard to the uses of economic analysis in the development of history, I think it would be widely accepted that using the ideas and approaches of economic theory has been useful in economic history. Perhaps most important, economic theory has raised new questions for history. What about the uses of history in the development of economic analysis? There are many, but let me pick two: one is simply the use of economic history as a source of empirical evidence for testing theories and estimating relations; a second use of history in the development of economic analysis is a definition of its historical conditioning,

Key words: Kenneth J. Arrow, Economic History, Economic Analysis, role of history in the education of economists.

